



DIRECTION GÉNÉRALE DE L'ADMINISTRATION  
ET DE LA MODERNISATION

DIRECTION DES RESSOURCES HUMAINES

Sous-direction de la Formation et des Concours

Bureau des concours et examens professionnels  
RH4B

**CONCOURS RESERVE POUR L'ACCES AU CORPS DES  
SECRETAIRES DES AFFAIRES ETRANGERES  
AU TITRE DE L'ANNEE 2018**

**EPREUVES ECRITES D'ADMISSIBILITE**

**27 ET 28 NOVEMBRE 2017**

**ESPAGNOL**

Durée totale de l'épreuve : 3 heures.

Coefficient : 2.

Toute note inférieure à 8 sur 20 est éliminatoire.

Barème de notation des 2 épreuves : note en **espagnol** 10 points, note en **français** 10 points.

**Note en espagnol**

*Rédaction en **espagnol** d'une note à partir de documents en espagnol*

*(400 mots avec une tolérance de plus ou moins 10%)*

Ce dossier comporte 6 pages (page de garde non comprise).

\*  
\* \*

**SUJET : “La reivindicación independentista en Cataluña en su perspectiva socio-histórica desde la transición democrática”**



## REDACTE UNA NOTA DE SITESIS EN ESPAÑOL:

“La reivindicación independentista en Cataluña en su perspectiva socio-histórica desde la transición democrática”

### *Los sentimientos son cuestionables*

*EL PAIS - AURELIO ARTETA - 19 OCT 2017 .*

Uno de los acuerdos (o, mejor, prejuicios) más generales e indiscutidos hoy entre nosotros es que el mundo de los sentimientos ocupa un reducto íntimo del individuo que nadie debe allanar y todos han de respetar. Se supone, además, que son poco menos que naturales e inmunes a la razón y sus argumentos. Trasladadas estas premisas al terreno político, tal vez se permita a regañadientes el intento de persuadir al adversario mediante mejores razones, pero habrá que detenerse en cuanto rozan sus emociones. Este es un umbral que no hay que traspasar, no vayamos a herir sus sentimientos. ¿Pondremos a prueba tales supuestos, por ejemplo, en nuestra respuesta al desafío de los nacionalistas catalanes?

La ocasión nos la brindan unas recientes reflexiones a propósito de ese conflicto que hoy nos tiene en vilo. Sostenían que la democracia es un principio que puede defenderse racionalmente, mientras que la nación no. La nación señala algo afectivo, arraigado en los estratos emocionales más profundos. “Esta es, pues, una cuestión de sentimientos. Y los sentimientos sólo pueden ser respetados, no discutidos”. Que se me permita discrepar frontalmente de tesis tan rotunda. Si no deben cuestionarse las emociones nacionales de nadie, todas serán admisibles y hasta las más alejadas entre sí gozarán de un valor equivalente. No ha lugar a dilucidar lo apropiado o inapropiado de esas emociones, que nos enfrentan sin remedio. Al final impondrán las suyas quienes den rienda suelta a las más acendradas, o sea, los más fanáticos o los más brutos. Y la cobardía, la pereza o la incapacidad crítica muchos quedarán ocultos tras la digna máscara del respeto.

Pero el caso es que esos sentimientos no son los datos últimos del problema. ¿O acaso no tocará preguntarse de dónde emanan tales afectos? No parece descartable suponer que muchos arraiguen en infundadas obstinaciones de sus sujetos, ya sean frutos de dislates familiares o sociales transmitidos de generación en generación. Sería normal asimismo que tales convicciones procedieran de la imposición o del simple contagio de la mayoría. O que se incubaran en otros sentimientos, como el temor a ser condenados a la soledad por atreverse a discrepar de los dogmas dominantes en el grupo. O que se apoyaran en supuestos inventados acerca de su propia nación o comunidad étnica imaginaria, que acostumbra a estar bien lejos de ser la real. Y viniendo a la Cataluña del presente, ¿en cuántas cosas habrán sido engañados por sus gobernantes, propiciando así una arrogante conciencia nacional? ¿Cuánto habrán pesado en ella las décadas de educación escolar a cargo de ese nacionalismo de manual? ¿Alguien supone que la barbaridad moral de la inmersión lingüística no conlleva la transmisión de creencias nacionalistas tenidas por indubitables?

Además de ser resultado de variables como éstas, las emociones son asimismo causas o motores de la acción privada y pública. Los sentimientos engendran convicciones y deseos que, a su vez, son órdenes de acción. ¿Cómo no habremos de poder (y de deber) enjuiciar la

consistencia de tales intenciones individuales o colectivas, las medidas públicas que de ahí se derivan y los derechos que se consagran? Parece claro que el valor de tales emociones deberá medirse entonces por el grado de justicia de la causa política que impulsan, por la singularidad del momento y circunstancia a los que se apliquen.

No es verdad, pues, que cualesquiera sentimientos sean legítimos y dignos de respeto, un absurdo paralelo a la majadería de que todas las opiniones son respetables. Descorazona tener que repetirlo una vez más. Respetable será siempre el sujeto, pero no siempre su sentimiento; mejor dicho, con frecuencia ese sujeto será respetable a pesar de su particular sentimiento. Pues se admitirá que no valen lo mismo el amor que el odio, la admiración que la envidia, la benevolencia que la sed de venganza. Ni es cierto tampoco que la razón práctica deba abstenerse de cuestionar la calidad de los afectos en liza y, llegado el caso, de procurar transformarlos o erradicarlos. ¿Acaso unos sentimientos no conducen a cierta acción política y otros a la contraria? No es menos falso que la razón nada pueda contra ellos, como si no hubiera conexión entre lo que pensamos y lo que sentimos, así como entre lo que sentimos y lo que decidimos hacer. ¿O es que el cambio de convicciones dejará intactas nuestras emociones? En suma, somos responsables de nuestros sentimientos porque somos responsables de cultivar o rechazar las ideas que alientan esos sentimientos y sus consecuencias.

De suerte que el dictamen sobre la justicia o injusticia del ‘procès’ secesionista y la congruencia de las emociones que lo acompañan variarán según las creencias del sujeto. A tal creencia, tal idea de justicia y tales sentimientos nacionales. ¿Cómo superar el relativismo ante las pasiones y opiniones en liza, si no entramos a dilucidar con argumentos qué sea lo fundado o infundado en ellas? No bastará que el sujeto sienta que a su Pueblo le arrebatan su presunto derecho a decidir, porque antes habrá que discutir si goza de tal derecho. Como tampoco bastaba la emoción que hace pocos años un obispo vasco —y nacionalista— predicaba, a saber, “la conciencia cálida de pertenecer al mismo pueblo”. La cierto es que, mientras cultivemos diferentes afectos y aspiraciones nacionales, no somos un mismo pueblo ni sería posible que lo fuéramos. Formamos más bien una sociedad cultural y políticamente plural. Y esa sociedad sólo puede vivir en paz si instaaura el pluralismo político y la tolerancia para las diversas ideologías —las tolerables, claro está— de sus miembros.

A una mirada nacionalista el sentimiento de pertenencia a su nación es la pasión política originaria e intocable. Por si alguien lo ignorase, el nacionalismo declara que la política es sobre todo la exaltación de la propia nación y, a fin de cuentas, un combate entre intereses, ideologías y pasiones nacionalistas. ¿Que eso contradice el significado de democracia? Eso lo dirá usted, replicará el fanático, yo estoy en mi derecho de sentir (y pensar) lo que quiera. No querrá usted convencerme. Nada cuenta el peso de las razones ni nada puede la deliberación racional contra la liberación nacional. “El nacionalismo es la indignidad de tener un alma controlada por la geografía”, concluyó el filósofo Santayana. En pocas palabras, para el nacionalista la política se agota en preservar lo propio y levantar fronteras frente al otro. Para el demócrata, en cambio, toda pertenencia individual —ya sea a una etnia, una iglesia o un partido— ha de someterse a la común ciudadanía. Y los únicos sentimientos políticos universalmente respetables serán sólo los nacidos de esa conciencia que nos considera a todos sujetos de iguales derechos.

## *Ciudadano de Barcelona*

*EL PAIS - JUAN GABRIEL VÁSQUEZ - 29 OCT 2017*

En octubre de 1999, después de tres años de dar vueltas por Francia y Bélgica, llegué a instalarme en Barcelona. Traía, en mi furgoneta de alquiler, dos maletas de ropa y unas veinte cajas de vino en las cuales no había vino, sino los libros que se me habían ido acumulando desde mi salida de Colombia. Hubiera podido escoger cualquier ciudad del mundo, incluida la de mi nacimiento, pero escogí Barcelona con la convicción indemostrable de que allí podría montar toda una vida alrededor de lo único que me interesaba: leer libros y tratar de escribirlos. Barcelona era una ciudad abierta y diversa, cosmopolita sin ostentación y doméstica sin complejos, y la tensión de sus dos lenguas y sus dos culturas le daba a uno la rara sensación de verlo todo desde varios lugares al mismo tiempo.

Nunca le puse fecha de caducidad a mi estadía, pero tampoco llegué a imaginar que echaría raíces como lo hice, ni que serían necesarias razones de estricta fuerza mayor para que dejara la ciudad. Para cuando lo hice, después de trece años de vida grata, había tenido tiempo de escribir cuatro libros, ver a mis hijas gemelas crecer durante más de seis años, votar como ciudadano español y dejar una docena de amigos, o tal vez más, que me obligan a volver con frecuencia para pasar entre ellos varios meses. Y cuando eso sucede, la sensación de familiaridad es tan intensa que después de unos días me cuesta un cierto esfuerzo recordar que ya no estoy viviendo allí.

De manera que eran previsibles, aunque no por ello menos difíciles, el estupor y la melancolía con que he seguido la catástrofe social de las últimas semanas. Hablo de estupor porque no consigo entender que el relato del independentismo, que siempre me pareció más lleno de pasión que de verdades, haya calado entre tantos ciudadanos de buena fe: la Cataluña de la que puedo dar constancia, lejos de ser una sociedad oprimida en la cual faltan las libertades, ha tenido libertades tan amplias y suficientes que esos mismos independentistas han podido imponer su versión del mundo desde los medios y las escuelas, en su lengua y con los dineros de todos, sin que nada de eso les haya parecido contradictorio a quienes se decían viviendo en una colonia.

Y hablo de melancolía porque lo sucedido desde el plebiscito del 1 de octubre, venga lo que venga en el futuro inmediato, se haga efectiva o no la independencia y se quiebre o no la economía, ha dejado ya su legado de horror: una sociedad rota y descompuesta que tardará por lo menos una generación entera en sanar las heridas, y otra generación más en comprender cómo pudo suceder que buena parte de las heridas vinieran por fuego amigo.

Pues la Cataluña de hoy es una sociedad enfrentada, pero no sólo contra el fantasma que llaman España, sino consigo misma: una sociedad dividida que ha perdido el don maravilloso de la confianza en el otro; una sociedad crispada que ingenuamente les ha permitido a sus políticos hacer estallar su convivencia. Son ellos, los políticos, quienes se han empeñado en que los catalanes tuvieran un problema, y no hay bajeza retórica ni demagogia de manual que no hayan usado para conseguir su propósito. Quizá sea esto lo que más incomprensible me resulta: que esa Barcelona mía —que en los mejores momentos me parecía un modelo de armonía y en los peores, una de las formas menos imperfectas de la avenencia— haya permitido a una caterva de mendaces y oportunistas incendiar sus vidas cotidianas,

envenenar sus relaciones de amistad y de familia y sembrar odios profundos que podrán salir a la superficie en cualquier momento. Porque este es el riesgo que late siempre en las sociedades que han cambiado la conversación por las banderas; y en estos días hay demasiadas banderas en las ventanas y en los balcones de Barcelona, demasiadas banderas que envuelven identidades demasiado frágiles, demasiadas banderas que son atajos intelectuales: el pretexto que nos dan los símbolos, siempre tan solícitos, para evitar la difícil tarea de pensar por nosotros mismos.

El resultado es que Barcelona vive hoy en una suerte de realidad alterna digna de estos tiempos tristes: los tiempos del Brexit, de Donald Trump y de la derrota de los acuerdos de paz en el plebiscito colombiano. El proceso catalán es la última instancia de esos populismos que se alimentan de la credulidad, la desinformación y la desidia, y sobre todo de una crisis de lenguaje. Desterrada la reflexión, muerta por asfixia toda forma de pensamiento crítico, el independentismo ha conseguido crear un nuevo diccionario en que las palabras libertad y democracia ya no significan lo que significaban antes de septiembre; tampoco las expresiones “métodos de tortura” o “presos políticos”, que tendrían más crédito en boca de la CUP o de Podemos si también las hubieran usado para condenar, cuando han podido, el infierno de las cárceles venezolanas; y tampoco la palabra mandato, que el Govern ha esgrimido como si la mayoría de los catalanes hubiera votado a favor de la independencia.

No fue así, claro: lo que ocurrió el 1-O, lejos de constituir un mandato de ningún tipo, fue la confirmación de una tautología: los que quieren la independencia, quieren la independencia. La mayoría de verdad, la mayoría matemática, no está con ellos; y sin embargo los independentistas han conseguido hablar de nosotros sin que esa mayoría se vea incluida. En esta pandemia de la sinrazón, incluso los pronombres han caído gravemente enfermos.

Escribo esto sin saber (no lo sabe nadie, y esa incertidumbre es aterradora) qué pasará en el mundo político tras los hechos del viernes. Pero en la ciudad de la gente, en esa Barcelona que alguna vez fue mía y lo sigue siendo de muchas formas, no parece que sea demasiado tarde para recobrar la sensatez. ¿Y qué cara tendría esa sensatez recuperada? Yo tengo para mí que pasaría inevitablemente por el acto de grandeza moral más raro que puede verse en una democracia: la defensa de los derechos de nuestros contradictores. A cada uno le vendrán a la mente oportunidades en que esto hubiera podido hacerse, pero lo cierto es que oportunidades no han faltado.

Y esto es importante, porque los políticos pasarán, aunque carguen toda su vida con la responsabilidad de lo que han hecho, pero los ciudadanos quedan: y tendrán que seguir compartiendo las calles, y tendrán que seguir mirándose a los ojos. Ojalá que lo puedan hacer sin odio, sin culpa, sin arrepentimiento, sin miedo.

## 20 hitos surrealistas del 'procés' independentista en Cataluña: habrá que jurar que todo esto ha ocurrido

EL MUNDO - 05/11/ 2017.

El procés es un trastorno ciclotímico. Se va a cumplir un mes desde que se consumara el golpe al Parlament, 30 días en los que Cataluña fue un plató de televisión en el que cada hora es una última hora. Un experimento culminante de la sociedad del espectáculo, que lleva en cuestión de segundos al espectador de la euforia a la desazón, de la tristeza a la rechifla, de la emoción a la vergüenza. Nada de lo que ha ocurrido se entiende sin la televisión. En su salón, un barcelonés cualquiera ve pasar por la pantalla del televisor las imágenes de un paisaje ucraniano, cuerdas de presos políticos, promesas de *maidanes*, repúblicas nacies, balcones insurrectos y la amenaza latente de la violencia. Cuando ya no lo soporta más y sale angustiado a pasear en busca de aire fresco, lo que ve en las calles es una comunidad próspera, de rutinas occidentales. Todo el conflicto se concentra allí donde hay una cámara.

Tan sólo unas horas antes de que Rajoy anunciara la intervención del autogobierno de Cataluña, en el Ministerio de la Presidencia cundía la preocupación. Más bien, el pesimismo. Altos funcionarios veían imposible que el Estado lograra imponerse en un territorio donde lleva años ausente. Si no quedaba más remedio que aplicar el 155, lo harían, pero estaban convencidos de que sería un fracaso. Temían que la desobediencia, activa y pasiva, desembocara en desacato y caos. Unos días después de que el Consejo de Ministros aprobara las primeras medidas, otra vez la ciclotimia; se sorprenden de la naturalidad con la que se ha asumido el cambio de poder. La declaración de independencia provocó una catarsis tan festiva como fugaz y a la euforia de la noche del viernes 27 de octubre le sucedió una calma muy parecida a la normalidad.

El lunes Carles Puigdemont huyó de la república que había proclamado el viernes. Sus consejeros habían renunciado a atrincherarse en los despachos. El cacareado choque de trenes, cuando al fin llegó, se redujo a un torpe simulacro. Para la historia queda la fotografía en la que el ex consejero Josep Rull se fingía atareado en su mesa, cuando en realidad había ido a recoger sus cosas. Apenas pasó unos minutos en la Consejería de Territorio y Sostenibilidad.

La actividad del gobierno en el exilio se limita a una página web y las promesas de resistencia a la acción del Estado se han concretado, por ahora, en una suspensión de las navidades. La que proponía el diputado de ERC Joan Tardá, cuyo escaño en el Congreso español es el mejor testimonio de la unidad de la nación: «Hasta que no les tengamos en casa, gobiernos municipales, por favor, no instaléis ninguna luz de Navidad». El apagón navideño supone un salto cualitativo para el movimiento de resistencia callejera. La lucha ya no se inspira en Mahatma Gandhi sino en Ebenezer Scrooge.

El periplo bruselense de Puigdemont es un buen ejemplo de cómo lo que se pretendió épico ha derivado en cómico, sin renunciar a la tragedia. El gran montaje del nacimiento de una nación ha suscitado una gran atención internacional, la solidaridad de ciudadanos de todo el mundo y la única promesa de reconocimiento, si bien tibia, del protectorado putiniano de Osetia del Sur. El viaje a la capital belga del *president* depuesto provocó un titular jocoso de *Politico*: «*El circo catalán de Puigdemont ha llegado a Bruselas*». Fue después de una comparecencia caótica, de escenografía pobre y contenido delirante. La República de Cataluña tiene un presidente que no huye pero que se ha ido, que se dice soberano y acata la

injerencia, que expresa su solidaridad con sus compañeros de aventura después de haberlos abandonado, que aspira al martirio y a la absolución. La lógica del sombrero loco.

El divulgador científico Roger Corcho ha seleccionado los momentos más ridículos que ha deparado el *procés* en un hilo de Twitter de difusión notable. Dejó el serial en 100 episodios porque en algún momento había que parar. Corcho vive en Barcelona y ha sido testigo del proceso degenerativo. Su antología del disparate recoge la fotografía de la ducha escocesa del 10 de octubre a las puertas del Parlament, las lágrimas de Junqueras en TV3, la milagrosa curación de Marta Torrecillas o el asalto de un autobús -el conductor estaba atónito- de la línea 155 por parte de miembros de la ANC. Como él mismo dice: «En un tiempo nadie se creerá que esto ocurrió de verdad».

La perfecta alegoría del *procés*, tan dramática como hilarante, se produjo la víspera del pucherazo, cuando una columna de tractores entró por la Gran Vía para tomar Barcelona. El campo tomaba la ciudad, no era un éxodo rural sino la ruralización de Cataluña, en coherencia con el giro que había adoptado la estrategia nacionalista cuando sus timoneles decidieron que el sucesor de Artur Mas en la Generalitat sería el alcalde de Gerona. Cuando vio avanzar los tractores por las calles, como si fueran los elefantes del persa Darío III en Gaugamela, Patricia avisó a sus amigos. «Socorro, los tractores están entrando en Barcelona escoltados por los Mossos d'Esquadra», decía. Y no le creían. La Guardia Urbana cortó el carrer d'Aragó para dejarlos pasar y los barceloneses creyeron que ya todo era posible.

Hasta que todo un *president* de la Generalitat de Cataluña suspendiera una convocatoria de elecciones autonómicas tan sólo unos minutos antes de que se celebrara la comparecencia en la que estaba previsto que la anunciara. «Es que estaba hecho, es que Puigdemont había dicho que sí. Pero Puigdemont no tiene palabra, no ha cumplido lo que dijo hasta por escrito», le contó al periodista de El Mundo Carlos Segovia un empresario que había participado con el *lehendakari* Urkullu en el intento de mediación.

El *procés* estaba a punto de entrar en su fase más desquiciada. Como un Chamberlain irredento, Puigdemont tuvo que elegir entre las elecciones autonómicas o el artículo 155 de la Constitución. Ya tiene el 155, además tendrá las autonómicas y, en una enésima concesión a la comedia, se ha postulado desde Bruselas como candidato. Los consejeros de Puigdemont sabían perfectamente cuáles eran las consecuencias que les esperaban si cumplían sus amenazas, pero, tal y como afirma un alto responsable del Ejecutivo, «no querían verlo». El propio ex consejero de Justicia de la Generalitat Carles Mundó afirmaba hasta hace muy pocos días en conversaciones privadas que era «inimaginable una querrela por rebelión o sedición», a pesar de que el fiscal general del Estado José Manuel Maza lo había advertido hasta la saciedad. Bastaba, una vez más, con atender a la televisión. Como los presuntos delitos de los que se le acusa, la acción de la Justicia también había sido retransmitida.

Uno de los ministros del Gobierno insiste en que «las referencias al ámbito penal habían sido permanentes desde hacía tiempo». En público y en privado. Entre los miembros de ambos gobiernos hay una trama de relaciones personales, entre algunos de ellos incluso algo parecido a la amistad. Era habitual que, en encuentros informales, se deslizaran advertencias muy serias, aunque fueran aligeradas por un tono de broma: «Tened cuidado con lo que firmáis, que no me gustaría veros en el banquillo».